

Las Nuevas Corrientes del Arte

Mariano Picón Salas

Una frase de Carlyle condensa admirablemente la verdadera misión del arte: "ser pintura espiritual de la naturaleza, ser pintura espiritual del mundo".¹ Pintura de la naturaleza y pintura del mundo porque a despecho del gran sinfónico francés Gustavo Flaubert no es el arte un elemento aislado en la evolución de un pueblo. Si como dijo Balzac "el hombre en sus creaciones pretende representar la vida en todo aquello que apropia a sus necesidades",² en nada mejor que en el arte debe latir la sensación del momento. Donde el choque de las armas se extingue, donde no se oye gotear el oro que pone en feria espíritus e inteligencias, suenan los versos del poeta como sedante para calmar congojas, la serenata del músico o como bajo un magnetismo óptico vemos que cobran vida las líneas de un cuadro.

Hubo un tiempo, cuando yo empezaba a bosquejar cuartillas, en que por snobismo tal vez entró mi espíritu por la senda veredosa de la última literatura francesa hecha de paraísos artificiales y de una hilación de sensaciones raras. Y aunque siempre me he sentido un muchacho montañés rudo más bien que artificioso, hecha trizas mi psicología estaba por ser un espíritu fabricado a la manera de un Farrère o un Mirbeau. Soñaba con el opio, con las amarguras del haschich y el retrato del desventurado Quincey encendía mi cuarto de estudio con dos ojos que escanciaban brasas. Pero no sé qué mano generosa dióme a leer un libro de pura cepa española, llano y fuerte como una carretera polvorosa de la vieja Castilla. Hijosdalgos de barbasas como frondosa armazón de robles, señores que en el escudo señorial llevaban águilas, molinos, o castillos sobre campos de azul, verde o naranja, corrían por sus páginas.

Y aquella sangre de hombre que aún salen adarga al brazo, en la cabeza el yelmo, al pecho la coraza cuando oyen el apellido, entró por mis venas y mis músculos bañados de sol hubieron podido acompañar un verso de Arquíloco. Y tu potro ¡oh Don Juan Manuel de Montenegro! Pintado por don Ramón María del Valle-Inclán, y tus proporciones de torre ¡oh don Rodrigo Villal! Del orfebre Ricardo León y tu faz de avellana, y tu perfil a lo Cervantes ¡oh señor de la torre de Provedano! Retratado por Pereda, aguijonearon mi envidia y quise tener faz de avellana y perfil cervantesco, proporciones de torre y para regalo de mi cuerpo un potro corcelón. Así, por obra del arte que es "pintura de la naturaleza y pintura del mundo", cobró mi espíritu fuerza y donde la clorosis empezaba a morder cuajaron los glóbulos de sangre como amapolas deslumbrantes. El otro arte que no es pintura de la naturaleza ni del mundo, que si hay Torales y Meviles ¡oh Farrère y tienes siempre un amo víctima de rato mal cerebral ¡oh doncella de Octavio Mirbeau! Es en señalado rincón de vuestras ciudades populosas y aún ¡Farrère y Mirbeau! Abunda más el altanero y vigoroso aldeano en vuestra tierra de Francia que ahora en esta guerra, que es enorme inventario de almas y teorías, ha dejado los barbechos en manos de su mujer para que no sintáis hambre vosotros ¡oh señores de altos refinamientos! Y han ido a salvaros y a salvar el arte de vuestras catedrales góticas donde se ungieron reyes.³

Cuando Juan Cristóbal, el músico germano héroe de la portentosa novela de Romain Rolland, que creía que sólo en su Alemania era donde para interpretar una sinfonía de Beethoven o una página de Goethe los hombres tenían que agruparse en rebaños de carnero, llega a Francia y se encuentra con un arte que con "la oscura embriaguez de la Venus vulgar, los capitosos ardores de la Venus negra, los refinamientos de Venus sabia y la criminal audacia de la Venus sanguinaria"⁴ había hecho Madonas de

retablo, en arranque de artística exaltación dice a aquella raza de artificiosos: “¡El arte por el arte, una fe magnífica! Pero si la fe solo es propia de los fuertes. ¡El arte! Estrechar la vida como un águila su presa y llevársela por los aires y elevarse con ella al espacio sereno

Para eso se necesitan garras, amplia alas y un corazón potente, siendo así que Uds. no son sino gorriones que cuando encuentran un pedazo de carne podrida lo despedazan en el mismo sitio y se lo disputan piando.

¡El arte por el arte! ¡Desdichados! El arte no es un pasto vil entregado a todos los viles transeúntes. Es ciertamente un goce y el más embriagador de todos. Pero es un goce que sólo es la recompensa de una lucha encarnizada, un laurel que corona la victoria de la fuerza. El arte es la vida domada. El arte es el emperador de la vida. Cuando se quiere ser César hay que tener alma: pero Uds. No son sino reyes de teatro: están desempeñando un papel y ni siquiera creen en él. Y como esos autores que se vanaglorian de sus deformidades fabrican Uds. Literatura con las suyas y las del público. Cultivan amorosamente las enfermedades de su pueblo, su miedo a todo esfuerzo, su afición al placer, a las ideologías sensuales, al humanitarismo quimérico, a todo lo que adormece voluptuosamente la voluntad y puede quitarle todo pretexto para obrar. Le conducen Uds. Directamente a los fumaderos de opio. Y lo saben de sobra pero no lo dicen: allí está la muerte! Pues bien, yo digo: donde está la muerte no puede estar el arte. El arte es lo que da vida. Pero los más honrados de vuestros escritores son tan cobardes que hasta cuando se les cae la venda de los ojos, fingen no ver, tienen el tupé de decir: “Confieso que eso es peligroso; hay en ello veneno; pero está escrito con tanto talento! –Como si en el tribunal dijese el juez hablando de un bellaco–: Es un bandido, es cierto, pero tiene tanto talento!”⁵ Y el mismo Rolland, ya no en boca de su héroe sino (por) la suya propia ha dicho: “Vivir, vivir demasiado. El que no siente en sí esta embriaguez de fuerza, este júbilo de vivir aun en medio de la desgracia no es un artista”⁶ Quizás la importancia que en la evolución de un pueblo toman sus obras de arte débese más que a la forma de ellas a un razón filosófica. De aquí que Taine haya extremado el medio y el momento como primordiales bases que deben concurrir a toda fabricación artística que aspire a ser definitiva. Si un poeta de estos menguados tiempos en una epopeya os dijera que había viajado por el cielo, por el purgatorio y por el infierno ¿verdad que os reiríais? Os reiríais como me río yo de *La Lámpara Maravillosa* de don María del Valle-Inclán en que el artífice de las *Sonatas* y *Flor de Santidad* nos habla del anillo de Giges y de la clavícula del Rey Salomón. Que ya para herir a nuestros enemigos no necesitamos cubrirlos con llamas infernales, como en su cuadro maestro el pintor de

León X, sino tenemos el ponzoñoso gusano de la ironía que más hiere porque se fecata entre flores. Vino el de Alighieri cuando apenas como rocío en verano había pasado por la fiera del siglo XIII la sombra blanca del Mecer Francisco de Asís. Y aunque el divino amoroso, en su amor fraterno por todas las cosas, había dulcificado el arte de entonces —adusto y salvaje—, aún representaciones terroríficas llenaban los pórticos de los templos italianos; era Abraham con enormes barbas, el hacha levantada, un hacha de picos geométricos, inverosímil en la edad de piedra, era Esau tal un oso de caverna, enrojecida y dilatada la pupila como vicioso de beleño, y el arcángel San Miguel en lucha con el malo, un malo muy rojo sobre fondo negro; por lo demás señor que gastaba el perfil muy largo y la barba vertical y partida de un corsario sueco del siglo VIII. ¿Y qué mucho que la mayoría fanática de aquel tiempo hiciera de sus santos monstruos y no pusiera sol por entre los espesos y oscuros paredones de sus templos? ¿Qué mucho que más creyeran en el Dios del Sinaí, que habla en el tableteo de la tempestad y cuando la zarza incendiada se mece como un pabellón rojo, y no en el dulce Dios nacido sobre pajas temblorosas de nieve, oyendo la mula que rumia y el buey que jadea, el Dios que llora por Lázaro y llora por la mujer samaritana y libra de las piedras a la adúltera y deja que caiga sobre su pie perfumado y suave como un nardo, de María Magdalena? ¿Qué mucho que el pueblo buscara para orar aquellas imágenes en cuyos ojos latía fiebre, de huesudos brazos, de bocas encorvadas si de esa oleada de terror no quedaba salvo ni el espíritu de los artistas ni los sabios? ¿No nos cuenta Benvenuto Cellini en las páginas de su diario que una noche sintió rozar su cuerpo por una salamandra de fuego?...

Dante, como el perfecto artista que quiere Spencer, reunió elementos heterogéneos y dispersos en un solo elemento homogéneo, mezcló el medio y el momento. Vino él al mundo cuando por los campos de Italia corría un hálito de muerte. El clero tenía tierras y después del yantar abundoso en cómodo sillón seesteaba; el clero de Italia viendo como en la lucha de un Gregorio VII y un Enrique IV, de un Alejandro III con Federico Barbarroja, los Papas eran ricos en enseñanzas y en corazón y los reyes en oro y ofrecían mitras y capelos rojos, despreciaba al Papa y se iba con el rey. Y qué eran los partidos políticos de la Italia del siglo XIII? Emanaciones de Alemania. Que el solar de los guelfos era suave y venía de welf, compañero de Atila, y el de los gibelinos bávaro, del castillo de Weibling. El poema del Dante quizás sea un solo símbolo. El Ugolino que aparece en uno de los nueve círculos del Infierno, encerrado en torre de hambre y sed, despedazando la carne de sus hijos y su carne, era la patria asolada por luchas intestinas. Y quiero yo ver en la Beatriz vestida de azul, que en las gradas del paraíso es esencia, es éter, es el alma de un ritmo, es la huella imperceptible

de una línea blanca trazada sobre el terciopelo, la imagen de la Italia que él soñó: Italia de trovadores bajo el cielo de Umbría, Italia de catedrales a media-luz, donde el resplandor de la ojiva me mira en lo ancho de las baldosas como una flor hecha de espumas, dócil a la vista y rebelde a la mano.

Por la obra de todo grande ingenio debe pasar su sociedad y su tiempo, ora como llaga que precisa curar, ora como flor cuya esencia pide cristal que la guarde. La media-luz que fluye de los cuadros de Leonardo es como si dijéramos la transición del arte opaco y oscuro de la primera Edad Media al arte claro y coloreado del Renacimiento italiano. La amoralidad de Maquiavelo está en razón de su época: vio él la Italia desunida a pesar de los esfuerzos de Julio II por hacer una sola nacionalidad de aquellas seis provincias aisladas, vio él la Venecia que en un tiempo peleó contra los turcos y contra la liga de Cambrai entregada al oro de los mercaderes, a Milán en manos de un Sforza, a Nápoles dominio de Fernando el Católico. El esplendor de la antigua Italia debía resucitarse: que quisiera para ello la vuelta de los Borgias —era hombre y los Borgias le dieron pan y oro. Que proclamara a Sancho sobre Quijano, el interés sobre el ideal, el fin sobre el medio, tenía hediondas las manos de palpar lacerías, había escrito en la portada de su Príncipe "que los hombres que viven en el valle, ven con más precisión que los que viven en la cumbre". En Francia un Regnier pinta con trazos de Juvenal una corte de abates empolvados y favoritas cloróticas; Cornille, que se entró por nuestra espesa fronda castellana, llevó a la comedia en su patria ya no la imitación clásica sino la lucha de pasiones ahogadas por grandes energías; La Bruyère fue todo un ingenio. Era lo que damos en llamar un vividor, hombre amante de la ciudad, de las poltronas muelles donde el cuerpo se hunde como en ondas de terciopelo, del yantar salpimentado, de las naranjas de Niza y del áureo vino de Burdeos. Pintó los deleites de la corte y los fustigó pintándolos. Y no como fraile que da consejo y no ejemplo, nunca anduvo con el consabido recurso de que la vida del campo era más apetecible que la vida de las ciudades. La ciudad es el torneo de la lucha y el campo es el sedante para adormecer la fiebre. Al campo se va a beber vigores en loca carrera por el cerro, exprimiendo las mieles de una fruta y bebiendo la leche no en porcelana sino en el rudo cuenco de una totuma. Vamos a confundirnos con el gañán, a bailar joropo en desenfrenado zapateo con la trigueña rosada a cuya creación asistió mucha canela, mucho perfume de ceibal florido y mucha sangre de peonías. No se va por pura literatura, como cierto poeta amigo mío que lo hace todos los años por agosto, llevando consigo un mazo de libros. Y los tales días en el campo los pasa recluido en cuartucho de casa húmedo y frío, escribiendo y leyendo horas enteras. Hacia la tardecita roba diez minutos a su trabajo,

camina por una fila de bucares muy próximos a la casa y toma argumento para una oda en rotundas octavas reales: "A los bucares del camino", con su introducción a Caliope, abogada inefable de poetas cursis y de los bachilleres de parroquia. Y es tan literatura ésta campomanía suya, que en los bucares del camino pone a cantar alondras y ruiseñores, como si la melancolía de éstos —pájaros de alcázar— pudiera competir con la quejumbre panteísta de nuestro diostedé, como si la alegría de las otras fuera igual a la alegría agreste del turpial de nuestros bosques.

¿Que la psicología es ciencia nueva? ¿Que solo hacia el siglo pasado en la crudez de un Sola y en el "manto diáfano de la fantasía que sobre la verdad desnuda" pone Eça de Queiroz es donde se retrata el hombre tal como es? A quien te lo dijere, literatuelo obsesionado, dile que miente. Dile que se interne por esa literatura clásica que para él no es verdadera, porque sus héroes no fuman cáñamo índico ni tomar éter. ¿Qué retrató Cervantes? No hablemos del Quijote, que el pobre se ha comentado tanto que ya no es libro de agradable filosofía y sana risa, sino a fuerza de sus comentadores algo de metafísica supra germana concebida entre los vapores que cabecean y entorpecen de un bock de cerveza negra: Cervantes copia su España ennobleciéndola. ¿Os habéis fijado, por ejemplo, en los protagonistas de *Rinconete y Cortadillo*? Pues esos ladrones que robaban las arcas de un caballero del Hábito de Santiago y después creyendo lavar el hurto quemaban un santo de su devoción con lámparas y velas, era un caso de fanatismo morboso muy común por entonces. Psicología de todos los tiempos es la de los aventureros inmortalizada en la novela picaresca castellana. Del *Pícaro Guzmán de Alfarache* por ejemplo, que cuenta las aventuras de un bohemio español del siglo XVII, mozo de cordel y criado en su tierra, pordiosero en las calles de Florencia, estudiante en las aulas complutenses; del *Lazarillo de Tormes*, que es como si dijéramos un Maquiavelo que para saciar su hambre no piensa en los medios, salen hondos gritos de protesta contra la rancia y egoísta sociedad española de aquella época; de clérigos que metidos en cortesanas andanzas no tenían tiempo para consolar al pordiosero, de señores que hasta para emplear un pobre mozo le averiguaban la limpieza de sangre. Pero Espinel, Alemán, Hurtado de Mendoza y Vélez de Guevara son grandes maestros de energía. No ahogan sus bohemios el hambre con el alcohol, ni acuden al suicidio. Alma de los que lucharon en las Navas y arrojaron el moro, amellada eso sí por el latigazo de la fortuna, es la de esos protagonistas de novela. Hacen ellos donaire de la desventura y chiste del contratiempo y cuando por muerte de un obispo se sienten hartos, ríen como muchachos de escuela y parten su pan y dividen su vino con el compañero de empresas.

Si me preguntara cuál de los nombres del siglo XIX fue más artista del pensamiento, yo diría que Tolstoy.

¿Y dónde dejas a Flaubert y dónde el armonioso panegirista del gato Teófilo Gautier? En estos ilustres galos halló la lengua del oeil una cantera musical desconocida. Sobre la tonalidad gris del cielo bretón puso Flaubert crepúsculos de oriente que sangraban. Y como las de Pierre Loti, las heroínas del autor de *Salambó*, debieron haber alentado en Stambul y debieran haber fumado opio sobre cojín de raso, el pie nadando en la alcatifa, oyendo música de eunucos para adormecer voluptuosamente el cuerpo. Verdad que en la pluma de Tolstoy el cosaco no dejó de ser cuervo, verdad que el alma plana y ruda de la estepa emerge de sus páginas, pero en Tolstoy hay medio y hay momento. Como un cristiano de los primeros siglos, de esos que él canta en su novela *Venid a mí*, orando su plegaria cultivó su huerto. Apóstol era hasta en las enormes barbas fluviales, hasta en la faz cual de avellana madura que dan los mordiscos del sol sobre el arado. Y como apóstol habló del Czar para quien era todo el trigo de Georgia, los mantos de la marta que medra en los Urales, las uvas de Crimea y las alfombras de Cáucaso. Dijo al obrero ruso que ya no fuera inerme pieza de la máquina cuyos resortes tenía el Czar, y al pensador que tuviera tanto fuego en la cabeza que ni los hielos de Siberia apagarán la púrpura de su pensamiento. ¡Y qué distinto aparece este hombre que puede colocarse como un grande eslabón que junta la humanidad en una misma comunión de ideas y obra ante esos artistas egoístas de la literatura francesa del siglo XIX: El Hugo de *La Leyenda de los siglos*, que fue veleidoso como una mujer, que hoy pinta como carbones las ojerás y mañana como rosas marchitas, los pesimistas bañados en la filosofía brutal del índico Gotama y los simbolistas de Mallarmé, hoy ya casi olvidados, que atribuyeron todo el valor al sonido y no al espíritu de la frase ¿Hay medio y hay momento en ese arte decadente? Como de transición lo considera en erudito Doña Emilia Pardo Bazán.⁸ Y es verdad. Que el arte deberá ser espejo de todo un pueblo y nunca todo un pueblo tomó absintio, se inyectó alcaloides y aspiró éter.

Poeta de raza como Dante, como Milton, como Goethe, como el mismo Hugo, como el mismo Leopardi, como Giosué Carducci no pudo ser nunca un Charles Baudelaire. Tras de la poesía de Gabriel d'Annunzio que no canta el sol mañanero límpido y casto que mueve las alas del corazón y se entra por los cuerpos como suave cosquilleo de alegría, sino el sol meridiano que adormece el alma y caldea las venas y fructifica el ímpetu, corre una fuerza salvaje. No son los nervios de ese poeta

como cordaje cuya nota está oculta y dormida como la princesa de la leyenda y hay que buscarla con mano sedaña como la del príncipe desencantador, no se asemejan a frou-frou de sedas que solo lo perciben los que vivieran siempre entre sedas y nunca entre cáñamos, sino siempre están en movimiento y vibran con toda la salvaje armonía de dos elementos coaligados. Pero a pesar de su exaltada hiperestesia agreste, la poesía de d'Annunzio es más poesía de raza que la de Baudelaire. El hastío del poeta italiano es el cansancio de los pies en loca carrera por buscar la ninfa soñada y ese hastío se cura reposando bajo el palio de un árbol y calmándose la fiebre con el blanco hilo de una fontana; el hastío de Baudelaire entra como un lento sopor por el cuerpo, dilata el ojo hasta hacerlo inmóvil y con isocronía contorsiona todos los miembros como bajo una presión cataléptica.

La lucha sobre una pasión o en pro de una virtud determinada, integra el alma de todo grande artista. Así los personajes creados por Shakespeare, parecen haber nacido bajo las garras crueles del destino. Que no pudo Otelo apagar el trágico incendio de sus celos, ni Cordelia dejar de sacrificarse por el Rey Lear, ni Hamlet con su belleza, su inteligencia y el oro de su corazón, sobreponerse a la flacura de su voluntad. La serenidad de espíritu por medio de un amor contemplativo a la naturaleza y a Dios, que casi se exalta hasta el quietismo, es la obra de Lamartine. Byron es un desesperado, no a la manera de Alfredo de Vigny, por inquirir las causas supremas, sino por una tensión nerviosa de apurar todos los filtros; y en Giacomo Leopardi el amor espiritual se hace una necesidad física. Amaba el cantor de *La Retama* “a la mujer que no se encuentra y el pensamiento de este amor divino reviste en un principio la forma de un amor sensual y se confunde y amalgama con él”? Así cada uno de estos poetas lleva en sí la fuerza de una idea que es lo que da la unidad a su obra y es el espíritu que se agita tras los brocados de la forma. Baudelaire no. Teófilo Gautier ha dicho que el autor de *Las Flores del Mal* rechaza “Toda pasión y toda verdad”.¹⁰ La concepción de la vida en él —escribe Tolstoy— “consiste en erigir en teoría el más grosero egoísmo y en reemplazar la moral por un ideal hartado nebuloso de la belleza, de una belleza puramente artificial. Aseguraba preferir un rostro de mujer embadurnado, al mismo rostro con su color natural; y los árboles de metal y la imitación del agua en la escena, agradábanle más que los árboles verdaderos y el agua corriente”.¹¹ Hasta el amor que es la fuerza matriz de su poesía no toma en él un carácter determinado: es a la vez místico, libertino y analizador. Místico, y una ideal visión de Madona atraviesa sin cesar las horas claras o sombrías de su espíritu. Es libertino, y visiones depravadas turban a este hombre que acaba de adorar el dedo levantado de una virgen. Se le

llama "malsano" y es justa la palabra si con ella significamos que sus pasiones no hallan circunstancias adaptables a sus exigencias. Hay desacuerdo entre el hombre y el medio. Se dio cuenta de que llegaba demasiado tarde en una civilización decadente y en vez de deplorar este arribo tardío como La Bruyère y como Musset, con ello se regocijó, y se honró. Era un hombre decadente y se hizo teórico de la decadencia.¹² Ante la voz de otros.

Grandes poetas que no erijan en teoría sus vicios, que en el regazo maternal de la naturaleza sorprendan ritmos desconocidos, que copien tan bien que reproduzcan hasta el golpe que da la azada a la tierra y el hacha al árbol, se perderá el ritmo de este cantor de la sensación artificiosa y del sopor de la voluntad, entre las brumas del goce, como en el recipiente de una máquina neumática mueren las más acordadas vibraciones.

¡Oh León Tolstoy! Tras del espejo de tu alma donde se veían los hombres como líneas muy blancas y entrelazadas, no pudiste adivinar cómo esas líneas alguna vez debían romperse en la dura necesidad de la guerra. Pero la guerra es necesaria. Es necesaria, porque con la bayoneta al hombro y bajo el humo de los cañones, olvida el afeminado mozuelo de la ciudad los afeites con que ponía rosas en su cara y violetas en sus ojeras. Es la poda que aparta el gajo viciado del gajo henchido de savia. Que por mano torpe del hortelano se vaya alguna vez la rama joven que es promesa de cosecha abundosa —somos hombres, y en paz como en lucha, el manto de nuestro afecto o nuestro odio, puso sol o puso noche en toda empresa. Esta guerra que hoy muerde al mundo será una prolongación de bases sobre el edificio boleanante de esos pueblos. El que antes vivió entre sedas verá que el rudo lienzo también arropa. La llama del incendio entrará por el palacio de imágenes del poeta y por el mar de colores del pintor y por la catarata de armonías del músico. ¡Y cantarás, poeta, el triunfo del valor, y pintarás, pintor, la escena heroica, y tras la lluvia de tus acordes se sentirán, ¡oh músico! Piafar corceles de batalla! Ya para ser artistas no necesitaréis embriagaros de absintio en la taberna destartalada, que el humo y el fuego también embriagan, y para sentir cálidas las venas, no más os inyectaréis alcaloides, que más caldea las venas ver la sangre nueva que por vosotros se precipita y pone hierro en el músculo. Y para que vuestros hijos sean señores que no dejen enmohecer el acero, tenéis ejemplos que pintarles: ¡Así fue tu abuelo! ¡Así ese modesto soldado se empinó como cumbre!

Ya en los lagares del arte se exprimen otras viñas. El mosto que en su poesía nos presenta Gabriel d'Annunzio, verdad que es amargo y fermentado, pero es mosto nuevo. En el cielo latino Verhaeren trazó curvas de águila. Nuevos hombres echan en el carcomido tronco francés agua que reverdecerá la rama seca: son los paroxistas. Cantan la fábrica que humea, el aeroplano que viola el aire y el submarino que va a buscar en el fondo de la onda el nido de sirenas. ¡Ese será el arte nuevo! Y ante los mil gérmenes de vida, que al duro surco traerán los cuatro vientos, se ablandará el duro surco y será cuna de un árbol erguido y fuerte, en cuyo tronco aprenderemos ejemplos de firmeza y en horas de bochorno nos dará frescor menando el abanico de sus ramas!

Notas

- 1 TOMAS CARLYLE: Sartor Resartus.
- 2 H. DE BALZAC: Prefacio de La Comedia Humana.
- 3 Una psicología tan sana como la del viejo aldeano francés ha sido muy calumniada. Hubo fabulista del siglo XVII que lo llamó "bestia de dos pies siempre encorvada en el surco". PAUL BOURGET ha publicado recientemente una vigorosa página en que le hace justicia y titulada: A los aldeanos de Francia.
- 4 Concepto de PAUL BOURGET. ESSAIS de Psychologie Contemporaine
- 5 ROMAIN ROLLAND: Juan Cristóbal. Tomo V: La Feria en la Plaza.
- 6 ROMAIN ROLLAND: Juan Cristóbal. Tomo II: La mañana.
- 7 Sobre la influencia franciscana en el arte medioeval, hay aparte de toda la copiosa bibliografía sobre el santo de Asís que hasta ha movido pluma tan pulida y erudita como la de doña Emilia Pardo Bazán, un capítulo bellissimo —quizás el único inteligible de obra tan simbólica— en La Lámpara Maravillosa de este gran estilista de las barbas de chivo, don RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.
- 8 Dña. EMILIA PARDO-BASAN: La literatura Francesa Moderna (La Transición). Edición de la Biblioteca Renacimiento.
- 9 DON JUAN VALERA. Sobre los cantos de Leopardi. Estudios críticos. Tomo I.
- 10 TEOFILO GAUTIER: Introducción a las Flores del Mal.
- 11 CONDE LEÓN TOLSTOY: ¿Qué es el arte?
12. La Bruyère dijo: "Tout est dit, et l'on vient trop tard depuis plus de sept mille ans qu'il y a des hommes et qui pensent". Y Musset: "Je suis venu trop tard dans un monde trop vieux".

(Cita de PAUL BOURGET: Essais de Psychologie contemporaine).

Esta conferencia fue leída en la Universidad de Los Andes, la noche del 28 de octubre de 1917, y al ser clausurado el acto, el muy digno Rector de aquel Instituto, nuestro distinguido colaborador el Doctor Diego Carbonell, tuvo estas palabras: “acabáis de apreciar, en la contextura robusta de un muchacho erudito, esto que será la patria del porvenir. Por lo menos, señores, nosotros no tenemos una sola razón que aducir para negarle a la juventud venezolana de nuestra época el derecho de ser optimista cual corresponde a esa edad de la sensibilidad vigorosa. Esta conferencia que nos acaba de dictar el joven Mariano Picón Salas, señala una futura originalidad muy elocuente. Se bosqueja en ella, con la solidez de un pensamiento nutrido, una personalidad exuberante, la cual no cabe en el alba fatídica de Juan Cristóbal, ni mucho menos en la conciencia turbia de Roberto Greslou. Adivínase en el joven conferencista, como lo advierte él mismo, ese amor a la vida que exige el cumplimiento de una misión y que en una cacería de conceptos y de labores mentales, ya sonriendo a los libros, a las mujeres y a los grandes espectáculos serranos. Había dicho que el esfuerzo de este muchacho sabio, con nuestra sabiduría alborotada, sorprende y entusiasma; y su precocidad de Goethe, pudiera ser, en el porvenir de la actual juventud de Venezuela, cuando los años consoliden la mentalidad exuberante, una personalidad de la familia espiritual de Cecilio Acosta, Fermín Toro y Arístides Rojas”.
N. de la D.

(*Cultura Venezolana*, II 7, junio de 1919, pp.27-38)